VI

EL SACRIFICIO DE MARINA

Al día siguiente, tuvo el joven un nuevo acceso de delirio, previsto por el doctor Cabalus, que le había visitado por la mañana.

La imagen de Olimpia acudía otra vez á la mente del enfermo.

— Sí... ya lo ves — decía, como dirigiéndose á la señorita de Chaverny, — usted no ama al señor Fonty... sus miradas son frías para él... se aburre usted cuando la habla... ¿y es ese el hombre que le destinan por esposo?

Y, con violencia, añadía:

— No... no... No se casará usted con ese fatuo... Aquí estoy yo para oponerme con todas mis fuerzas... aunque tenga que matarlo... ¡sí, matarlo!... porque, si usted fuese su mujer... me moriría de desesperación...

¡Oh! ¡no, eso es imposible!

Los ojos del sargento despedían llamas.

— ¡Qué cobarde! — continuaba — ¿ha oído usted como me ha insultado? Pues bien, antes que ver á usted casada con él... le escupiré al rostro mi desprecio... fustigaré su cara patibularia con la hoja de mi espada... y si consiente en batirse... es hombre muerto...

Luego, con dulce acento, prosiguió:

— Pero, ¿qué veo?... ¿Se me abre, por ventura, el cielo?... Sus ojos no huyen de los míos... me sonríe usted dulcemente... ¡Cielos! ¿qué oigo?... Me ama usted á mí, acaso... ¡No puede ser!... Á mí, pobre soldado sin apellido... Y, sin embargo, usted me dice: ¡Seremos uno para el otro, Felipe, se lo juro!... ¡Oh! ¡semejante felicidad está por encima de las fuerzas humanas!... ¡Ahora, Olimpia, mi bella Olimpia, voy á morir de felicidad!...

Detúvose jadeante, sofocado, pareciendo no poder soportar la alegría que le inundaba penetrándole hasta las más recónditas fibras.

— Pero — preguntó otra vez la señora de Passepoil que estaba allí, sola con Marina — ¿quién será esa Olimpia que tanto le trastorna?... ¿podrías decírmelo?

— Será alguna señorita á quien ame — repuso la joven con esfuerzo.

— Ya me lo figuro; pero eso no me dice quién es.

— Debe de ser alguna persona de muy buena fami-

lia... según puedo juzgar por el profundo respeto con que parece tratarla Felipe.

— ¿Eso crees?... Entonces, ¿de qué le sirve amarla? El pobre nunca podrá casarse con ella.

— Sin embargo, ya ve usted que él parece creerlo.

— Sí, en sueños; pero, en la realidad es otra cosa, hija mía. Ricas herederas que se casan con pobres diablos, eso no se ve más que en los cuentos del difunto Perrault.

— El amor no se encarga... — dijo tímidamente Marina — ¡Y Felipe es tan hermoso!...

— ¡Hermoso!... Ya lo creo!... pero los hay más... así, Bonifacio... en fin, ya me entiendes...

El sargento, que empezaba á hablar otra vez, interrumpió el diálogo.

Habíase vuelto hacia su amiguita, colocada á la cabecera del lecho, y contemplábala, murmurando palabras con voz apagada.

Sus miradas turbaban á la niña que apenas podía sostenerlas, por lo mucho que en ellas brillaba la pasión.

— ¡Cuán bella es usted, Olimpia! — exclamó Felipe con tan vibrante acento de ternura que Marina se estremeció en todo su ser. — ¡Qué bella es usted y cuánto la amo!... Ahora puedo decírselo, ya que me lo ha permitido.

— ¡Cómo! — dijo Maturina estupefacta — ¡Ahora te toma por la otra!... ¡Continúa delirando!... Y Cabalus no puede hacer nada...

— ¿Y usted, me ama algo? — continuó el sargento.

¡No me contesta!... Pero, es verdad, ¿para qué había de contestarme?... ¿Acaso no veo yo que me ama?... Todo en usted me lo demuestra...

¿De modo que consiente su padre?... Dentro de un mes, estaremos casados...

¿Quién habría de decirme, cuando la vi, allá, en Ostende, aquella noche de tormenta, y siendo yo un simple sargento, quién habría de decirme, repito, que obtendría hoy su mano y que sería oficial?

Porque usted lo sabe ¿verdad?

Y ese ascenso le ha gustado, porque disminuye la valla que existía entre nosotros y que yo creía infranqueable.

— ¡Que de cosas en tan poco tiempo!... Déme la mano, Olimpia, pues ya me pertenece...

— ¿No quiere?... ¿Por qué?...

El joven quería coger los dedos de Marina, y ésta, en efecto, los había retirado.

— ¡Vamos, dale la mano, ya que le gusta! — dijo la mujer de Passepoil.

Y añadió ingenuamente:

— Yo le daría la mía, si él tratase de cogerla; pero no se le puede forzar, porque no le agradaría.

Avergonzóse Marina por su movimiento y abandonó sus dedos al enfermo.

La pobre padecía cruelmente, y su gracioso rostro estaba más blanco que las sábanas.

— ¡Oh! gracias!... ¡gracias!... — exclamó el sargento apoyando sus ardientes labios en los ahusados dedos de la niña. — Es usted muy buena...

Marina cayó, con la cabeza contra el respaldo del asiento, próxima á desfallecer.

— ¿Qué te pasa, hija mía? — le preguntó Maturina. ¿No ves que lo que dice es broma?

Luego, notando la exagerada emoción que se había apoderado de ella, invadióle una sospecha.

— ¡Cielos! — exclamó — ¿acaso?...

Marina le dirigió una mirada de desesperación.

— ¡Oh! ¡pobrecilla! — gimió la buena mujer, para quien aquella mirada era una revelación. — ¿Quién podía figurarse?...

Y al decir esto, y queriendo reparar el dolor que involuntariamente había causado, retiró de entre las manos de Felipe la de la joven.

Pero éste exclamó, apretándola aún más:

— ¡Déjeme su mano! ¡déjemela!... ¡Tengo tantas cosas que decirle!...

¿Sabe usted, Olimpia mía, que tengo una hermanita?... ¿una niña dulce llamada Marina... hija de las buenas personas que me recogieron?...

No, no puede usted saberlo... ¿Cómo había de saberlo, si hoy es la primera vez que le hablo!...

Yo quiero mucho á Marinita... es muy buena... tan buena como usted; pero el cariño que siento hacia ella es muy distinto del que por usted siento... ¡ya lo creo!... ¡hay mucha diferencia!...

— Ya lo oyes — dijo Maturina á la joven, con intención de consolarla, — dice que también á ti te quiere mucho.

— Como á hermana — suspiró ésta, que ya no temía

confesar su secreto; puesto que la mujer de Passepoil lo había penetrado.

— Pues mejor que mejor, créeme, chiquilla, el amor es tontería... yo bien lo sé...

Sí, sí; puedes creerme... á veces no es agradable...

— ... Cuando la veo — prosiguió el sargento, — todo mi ser se inclina hacia usted... atraído por un magnetismo, por un poder más fuerte que mi voluntad... apodérase de mí un encanto indefinible... me transporta á regiones en donde me parece estar por encima de toda materia... y entonces entrevé mi alma horizontes luminosos, más allá de los cuales se me aparece el cielo... Sí, eso es lo que experimento cuando la veo...

Y contemplaba á Marina con admiración extática.

Permaneció un instante en silencio como para saborear mejor la embriaguez de su dicha.

Luego, continuó:

... — Cuando estoy al lado de Marina, no siento nada parecido.

Es un cariño muy tierno; pero completamente tranquilo, como el que se tiene á una amiga...

¿Me entiende ested, Olimpia?...

¡Ay! demasiado comprendía la joven, lo cual era para ella horrible suplicio.

— Usted también la querrá, en cuanto la conozca... Y para usted será asimismo una amiga...

Mire, quiero que la vea en seguida, voy á buscarla ahora mismo...

Está... está...

Al llegar aquí, prodújose una laguna en el cerebro del enfermo.

— ... Está... está... — repitió — Espere usted que me acuerde... ¿Dónde está, pues?...

Realizaba visibles esfuerzos para recordar.

De pronto, volvióle la memoria, y contrajéronse sus facciones con profunda desesperación.

— ¡Ah! ¡infame! — exclamó con violencia, dejando caer la mano de la niña. — ¡Marina... pobrecita Marina mía!... la ha raptado... ¡Y yo no estaba en su casa para defenderla!...

Porque usted no sabe el lazo en que el miserable la ha hecho caer...

La ha... ¡Dios mío! ¿qué iba yo á decir?... No, no; no puedo decírselo...

Es un secreto de Marina y tiene que quedar entre ella y yo...

¡Oh! ¡qué cobarde!...

Pero el castigo que yo le inflija estará á la altura de su crimen...

Pronto... mi espada... ¡tengo que ir á sacar de entre sus manos á mi hermanita!...

Y, al mismo tiempo, disponíase á levantarse.

Retúvole Maturina.

— ¡Déjenme! — gritaba Felipe — ¿por qué me detienen?... ¿no oís á Marina que me llama?...

Mi espada... os digo... mi espada... ¡quiero matarlo... hacerle expiar su infamia!...

Saltaba, luchaba con terquedad contra la señora de

Passepoil, quien, como, afortunadamente, tenía fuerzas poco comunes, consiguió dominarlo.

— Déjeme, déjeme — continuaba gritando el sargento, — ¿Quiere usted que Marina me maldiga?... Porque yo tengo la culpa... Sus abuelitos me la confiaron en su lecho de muerte... diciéndome: vela por ella, Felipe .. y yo he hecho traición á su confianza... la he abandonado... he dejado ese puesto de honor... ¡y la pobre ha caído en las garras de ese tigre!...

Mientras hablaba, quería soltarse de los brazos de Maturina.

— ¡Marina!... ¡Marina!... — profería con voz aguda... espera; ahora voy... ya llego para librarte... ¡Oh! ¡no me maldigas, hermanita!...

La joven había caído de hinojos y, con las manos unidas, lloraba á lágrima viva, al ver el terrible dolor de su amigo y al notar lo mucho que la quería.

De repente, alzáronse al cielo sus brazos, en actitud suplicante, y sus hermosos ojos parecían implorar.

Los cerrados labios no pronunciaban una sola palabra; pero del corazón debía de brotarle conmovedora oración.

Las fuerzas del enfermo le abandonaron súbitamente, como por magia, y volvió á caer en el lecho en completo estado de anonadamiento.

Ya era hora de que se produjera esa calma, porque Maturina, extenuada, iba á abandonar la lucha.

Entonces fué cuando se levantó Marina, en cuya frente, ya serena, se leía una esperanza, y sus húmedos ojos dirigían una mirada de agradecimiento al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

cielo, porque tenía fe en la curación de su hermano, ya que la pobre mártir había prometido consagrarse á Dios para obtenerla.

Tras esa crisis, el paciente tuvo un corto período de calma que duró hasta el día siguiente.

Por la mañana, pidió de beber; Marina, que no había dormido, acercósele con un brebaje.

Así que hubo bebido, Felipe atrajo hasta sus labios la frente de la joven.

Los llorosos ojos de la pobre niña dejaron ver un rayo de alegría.

— ¿Me conoces, Felipe? — preguntó.

— ¿Por qué no había de reconocerte? — dijo sorprendido el enfermo.

En efecto, no conservaba el menor recuerdo de cuanto había pasado.

Aun no había interrogado los objetos que le rodeaban; la apatía de su imaginación era completa.

Sólo veía á Marina.

Esta bajó hacia él sus humedecidos ojos, y le preguntó:

— ¿Estás mejor, Felipe?

— ¿Mejor? — preguntó éste, buscando laboriosamente el sentido de esa palabra que implicaba una comparación. — ¿He estado acaso enfermo?

De pronto subióle cierto ardor al rostro; lanzó un grito estridente y quedóse sin movimiento.

Acababa de recordar de repente el desgarramiento de corazón y el terrible agotamiento que le habían quitado la memoria.

Marina, pálida como un cadáver, le llamó, trató de levantarle la cabeza; pero él estaba como si fuese de piedra, pues la parálisis nerviosa le atacaba de nuevo de pies á cabeza.

Durante el día, Cabalus, sorprendido, dió un nuevo nombre á ese estado, al que llamó cataléptico.

Era la inmovilidad completa; salvo el juego del pulso y una extraordinaria animación del rostro, algo que daba exacta idea de la muerte.

Tenía, como los vampiros que las leyendas magiares representan despiertos en sus tumbas, los labios teñidos de púrpura, muy abiertos los ojos y pálidas las mejillas.

Luego, por la noche, empezó á delirar con mayor violencia que la víspera, y otra vez pasaron ante su sobrexcitada imaginación los acontecimientos acaecidos recientemente, los más importantes de los cuales, el encuentro de Olimpia y la desaparición de Marina, atacaban principalmente su mente.

Entonces tuvo que sufrir de nuevo la joven una explosión de pasión dirigida á Olimpia — Felipe continuaba tomando á su hermana por la señorita de Chaverny, — mientras que, por su parte, Maturina, Cocardasse y Passepoil agotaban sus fuerzas en terrible lucha para impedirle correr en persecución de Zeno.

El doctor Cabalus, que acudía cotidianamente para dedicarse á sus « interesantes estudios », estaba encantado de ver que las fases de la enfermedad se escalonaban según sus previsiones, y aun mejor, si posible fuera.

— ¡Magnífico! ¡Magnífico! — exclamaba con vocecilla aflautada, y empleando sus palabras favoritas; — esto es... esto es.

¡Si hubiera habido invasión del suero, sería soberbio!...

Cuando sobrevengan las convulsiones, estudiaremos la fuerza de resistencia opuesta por los órganos á la potencia de la exacerbación nerviosa.

Llegaron las convulsiones.

— He aquí la fase crítica — previno Cabalus.

En efecto, durante dos días, retorcióse el joven en su lecho, presa de espasmos horrorosos que, varias veces, estuvieron á punto de matarlo.

Pero, así como había anunciado el doctor, el mal atacaba á un hombre fuerte, y la vigorosa constitución de éste acabó por triunfar.

Una noche — hacía ya mucho tiempo que guardaba cama, — notó que dos labios frescos se posaban en su frente.

— Felipe — le dijo, con dulce acento, Marina, — estamos solos. Maturina y Cocardasse acaban de retirarse; continúa hablando de ella, si te agrada.

— ¿De *Ella*? — repitió Felipe poniéndose colorado. — ¿Qué he dicho, pues?

Estas palabras escapáronse muy claras de su boca.

— ¡Gracias, Dios mío! ¡gracias! — exclamó, exaltada, la joven — ¡me habéis, escuchado, Señor, Felipe está salvo! Lo prometido lo sostendré... ¡Seré para vos, mi Dios, sólo para vos!

— ¿Qué dices? — preguntó Buena Espada estupefacto.

— Soy tu hermana, tu hermanita — murmuró con un esfuerzo Marina, en tanto que su sonrisa brillaba; — he prometido á Dios consagrarme á Él si te curaba y te concedía á la que amas... Ha atendido mi primer ruego, hará lo mismo con el segundo.

Felipe, Felipe mío, serás feliz.

La pobre sacrificada dijo todo eso sin flaquear, sin temblar.

El joven estaba, en efecto, salvado.

Hacía ya varios días que Cabalus, considerando inútil su ministerio, se abstenía de visitarlo, y Helouin, inquieto, había llevado á Ángel Raphaëli, el cual, engañándose acerca de la abstención de su colega, gritó neciamente al ver al convaleciente:

— ¡El gran lama ha arrojado su lengua á los perros! ¡esto es asunto concluído!

Y en efecto, era un asunto concluído; pero no como lo entendía el italiano.

No fueron Cocardasse y Passepoil los más intranquilos respecto á la suerte de Felipe.

El primero perdió por ello su ardor por Maturina, y el segundo olvidaba sus tribulaciones conyugales.

Y hasta, con frecuencia, mirábanse mutuamente, con los ojos llorosos, estrechándose con enérgica presión la mano.

— ¡Santo Dios! — dijo una vez el gascón — si entrase aquí la Muerte, creo que mi vida sería luego muy negra... ya no vería yo gota.

— Y lo mismo me sucedería á mí — habíale contestado Amable; — me faltaría algo.

Por eso, cuando supieron que Felipe estaba fuera de peligro, brincaron de alegría.

— ¡Buena botella vamos á beber! ¿verdad, veterano? — dijo Passepoil.

— ¡Naturalmente! — repuso el soldado — ¡vete á buscarla pronto!

Y, una vez llenos los vasos:

— ¡Á la salud de Felipe! — exclamó el normando.

— ¡Á la salud del conde de Lagardère! — rectificó Cocardasse.

— Eso es...

El joven recobraba sus fuerzas, á simple vista.

El haber encontrado á Marina, cuando la creía perdida, influía mucho en la rápida marcha de su convalecencia.

Y, á su vez, tocóle á él temer por la niña, cuyo aspecto enfermizo y disgustado observaba.

No recordando nada, por supuesto, de cuanto había dicho en el curso de su delirio, y enterándose de las continuas noches en vela que á la cabecera de su lecho había pasado Marina, atribuía al cansancio el estado en que la veía.

Y esto le daba mucha pena.

Una mañana, penetraron en su cuarto los dos maestros de esgrima, muy acicalados, cual si debieran asistir á una gran parada.

El gascón llevaba en la mano un gran sobre lacrado con inmenso sello rojo.

Él y su amigo acercáronse á Felipe, colocados muy firmes, en actitud reglamentaria.

El sargento, á cuyo lado estaba Marina, los miraba extrañado, sin comprender tan ceremoniosa visita.

Llegados á dos pasos de él, se descubrieron con exagerada deferencia, y Cocardasse, barriendo el suelo con la pluma de su sombrero, que había visto la luz en el reinado precedente, tomó la palabra y dijo:

— Mi teniente, el señor marqués de Chaverny nos ha encargado entreguemos á usted este pliego.

Y tendió el sobre á Felipe.

Estupefacto, éste no se daba prisa para cogerlo.

Miraba alternativamente á ambos maestros, con muda interrogación.

— Mi teniente — repitió, como fiel eco, Passepoil — el señor marqués de Chaverny, que hace poco ha regresado á París, nos ha encargado entreguemos á usted este pliego.

— ¡Cómo!... ¿Qué quiere decir esto?... No caigo, amigos míos... — dijo el joven, preguntándose si sería juguete de alguna ilusión de su imaginación, aún poco firme.

— ¡Toma! pues quiere decir — repuso Cocardasse, — que el ministro de la guerra, reconociendo sus servicios en el ejército y los numerosos actos de valor de que ha dado usted pruebas, ha hecho firmar á Su Majestad el rey Luis XV un real despacho por el que le nombra teniente del tercer regimiento de guardias franceses.

— ¡Á mí!... ¡Teniente!... — exclamó Felipe, comprendiendo al fin, é iluminándosele las facciones.

— ¡Bien lo has merecido, chiquillo! — dijo Passepoil.

¡Oh! dispénseme... — continuó, al ver la terrible mirada que le lanzaba el gascón — sabe usted... la costumbre; pero... no me volverá á ocurrir.

El joven casi arrancó el pliego de manos del soldado, rompió el sello y sacó un pergamino, que empezó á leer ávidamente.

No cabía la menor duda... ¡Era oficial!

Invadióle entonces inmensa alegría; no á causa del grado que le conferían; sino porque acababa de pensar que ese grado le acercaba un poco á Olimpia de Chaverny, disminuyendo algo la casi infranqueable distancia que, tanto entonces como ahora, se llamaba orgullo de raza.

Luego, dirigiéndose á los dos maestros de armas, díjoles, emocionado:

— Amígos míos, aunque el rey me ha concedido el inmenso honor de recompensar con este nombramiento mis humildes servicios, para ustedes, sépanlo bien, quiero ser, y seré siempre, el sargento Buena Espada, Felipito... nada más, ¿oyen?

— ¡Santo Dios!

— ¡Por vida de...!

Y, muy confusos, los dos esgrimidores enmudecieron tras su doble exclamación.

— Lo quiero — repuso Felipe, fingiendo autoridad.

Ahora soy su oficial — añadió sonriendo, — por lo tanto, deben ustedes obedecerme.

— ¡Ah! ¡el chiquitín! ¡la misma sangre que *él* — murmuró muy bajo Cocardasse, enternecido.

— ¡Sí! — aprobó Passepoil en igual tono. — Lagardère del todo.

Marina tomó parte en la alegría general. Hízolo sin esfuerzo, consiguiendo disimular el dolor que le causaba una última rebelión en el corazón, porque había penetrado fácilmente la causa de la intensa irradiación que súbitamente se manifestó en el rostro del joven.

Pero su sacrificio era completo.